

LA CAPILLA DEL CASTILLO DE BRIHUEGA Y LAS EDIFICACIONES DE DON RODRIGO JIMÉNEZ DE RADA*

Cuenta el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada que cuando Alfonso, futuro rey de Castilla, después de su derrota en la batalla de Golpejera (1072), se refugió en Toledo, le agradó tanto la amenidad del lugar de Brioca -Brihuega-, en la ribera del Tajuña, rodeado de bosques frondosos en los que había abundante caza de osos, jabalíes y otros animales, y de riberas apacibles, regadas por muchas fuentes, que obtuvo de al-Ma'mūn la cesión de su castillo y lo pobló de monteros y cazadores cristianos, conservándolo desde entonces en su poder (1). Pocos años más tarde, apenas reconquistada Toledo, Alfonso VI cedió Burioca -Brihuega-, con otros lugares del reino toledano, a la Sede metropolitana, iglesia de Santa María de aquella ciudad. La carta de dotación lleva la fecha de 18 de diciembre de 1085 (2).

Brihuega fué durante la Edad media lugar preferido de descanso de los prelados toledanos y, muy particularmente, del citado don Ro-

(1) *De Rebus Hispanie*, en *Collectio Patrum Toletanum* del Cardenal Lorenzana, Tomo III, L. VI, cap. XVI. (Madrid, 1793). Terminó esta obra el arzobispo D. Rodrigo en el año 1243.

(2) Alfonso VI se adueñó de Toledo el 25 de mayo de 1085. La carta de dotación de la catedral de Toledo ha sido publicada por Angel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*. Volumen preliminar. (Madrid, 1930), págs. 155-157; este documento confirma la versión de don Rodrigo (L. VI, cap. XXIII) de haberse hecho la ocupación de la mezquita a raíz de la conquista, y demuestra que el relato de Maqqarī (trad. Gayangos, II, pág. 264) con la escena del alfaquí, es legendario, como lo afirmó don Eduardo Estella Zalaya, en su obra *El Fundador de la Catedral de Toledo*. (Toledo, 1926), pág. 67, n. (1). También demuestra esa carta de dotación la falsedad del relato de la *Primera Crónica General* (edic. Menéndez Pidal, I, Madrid, 1900, pág. 541), según el cual el arzobispo don Bernardo y la reina doña Constanza ocuparon para el culto cristiano, a instancias de ésta y ausente de Toledo, Alfonso VI, el edificio de la mezquita mayor.

* Publicado en *Archivo Español de Arte*, n.º 45, mayo-junio de 1941.

drigo Jiménez de Rada (1170?-1247), que creó en ella uno de los más ricos señoríos del arzobispado.

En esa villa, a la que dió fueros y para la que consiguió un privilegio de ferias, concedido por Enrique I en 1215, hubo de residir numerosas temporadas y tal vez redactar algunas de sus obras históricas. Hay pruebas documentales de sus estancias en Brihuega en junio de 1224, en julio de 1228, en septiembre de 1233, en abril de 1238 y en julio de 1239 (1).

También los reyes visitaban la villa alcarreña. En agosto de 1200 Alfonso VIII se encontraba en ella con un lucido acompañamiento en el que figuraban don Martín, arzobispo de Toledo; don Julián, obispo de Cuenca, y el de Sigüenza don Rodrigo (2); en octubre de 1207 el mismo monarca repite su visita (3). Cítanse más tarde estancias de Fernando III, en julio de 1234, y de Alfonso X, éste con su esposa doña Violante y su hijo don Fernando, en mayo y junio de 1256 (4) y en diciembre de 1275. En abril de 1258 terminó en Brihuega un concilio convocado en Toledo el año precedente, cuyas sesiones anteriores se celebraron en Alcalá de Henares y en Buitrago (5).

Brihuega y su población de vecinos de las tres religiones.—Durante la Edad media habitaban en Brihuega cristianos, moros y judíos (6); es probable que entre los primeros hubiera mozárabes y francos, como en otras villas castellanas. Los cristianos tuvieron sus iglesias parroquiales de San Juan, San Felipe, San Miguel y Santa María de la Peña, cuyos edificios han llegado a nuestros días. Los templos de moros y judíos subsistían en el siglo xv. Una calle de Brihuega lleva aún el nombre «de la Sinoga».

Buena muestra de la vida medieval en Brihuega y de la convivencia en esa villa, como en tantas otras de la Península, de fieles de las

(1) *El Fuero de Brihuega*, por don Juan Catalina García. (Madrid, 1887), págs. 23-24 n. (2); Estella, *El Fundador de la Catedral de Toledo*, págs. 107 y 131.

(2) Fr. Toribio Minguela y Arnedo, *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*. (Madrid, 1916), vol. I, págs. 188-189 y Colec. diplom. núm. 144.

(3) *Ibidem*, pág. 516, Colec. diplom. núm. 151.

(4) *Ibidem*, págs. 203 y 213, Colec. diplom. núms. 196 y 215; Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, págs. 28-29.

(5) Minguela, *Historia de la diócesis de Sigüenza*, vol. I, pág. 213.

(6) «Todos los omes que moraren en briuega o en su termino. xristianos. et judios et moros todos ayan i. fuero». (Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, pág. 160).

tres religiones, nos ofrece una disposición de su Fuero, otorgado a los vecinos por su señor el arzobispo don Rodrigo Jiménez de Rada en el siglo XIII (probablemente hacia 1242), por la que se fijan los días de la semana en que había de utilizarse baño: los lunes, miércoles y viernes se reservaba para los varones cristianos; los martes y jueves para las mujeres de la misma religión, y los viernes para los judíos (1). Nada se dice de los moros; tal vez, como parece que ocurría en Toledo, tuvieron algún baño exclusivamente destinado a su servicio.

Tradicionalmente se celebraba en Brihuega un mercado los sábados; en el siglo XIV, como los cristianos que acudían a él de fuera «an de andar camino el domingo siguiente pará se yr a sus aldeas et quebrantan el dicho día del domingo et dexan de oyr missa et las otras oras de Dios», y «el dicho día sabado judíos algunos non pueden venir al dicho mercado a comprar nin a vender cossa alguna», el arzobispo don Pedro Tenorio, por auto de 25 de junio de 1386, lo mudó al miércoles, día «en que xristianos e judios e moros pueden muy buenamente venir al dicho mercado et tornarse para sus casas sin ningunt otro embargo et contradiction» (2).

A pesar de las disposiciones eclesiásticas y civiles que trataban de aislar a los cristianos de los judíos y mahometanos para evitar su contaminación por las costumbres y creencias religiosas de éstos, la convivencia era íntima y las relaciones tan estrechas que las autoridades eclesiásticas viéronse obligadas a intentar atajarlas en algunas ocasiones. En un edicto o provisión de 1436 dice el chantre de la iglesia de Sigüenza, Mateos Sánchez, que al visitar la villa de Brihuega halló que, contra lo dispuesto en las Ordenanzas reales y Constituciones sinodales, «públicamente tienen judios e moros sirvientes en sus casas cristianos e cristianas, e comen e beben con ellos continuamente de sus viandas, e que judios e moros físicos e carpinteros entran en monasterios de dueñas sin cristiano alguno a ellos acompañando, e eso mesmo que los dichos judios e moros son procuradores e aboga-

(1) Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, pág. 162. Esta disposición no es exclusiva del fuero de Brihuega; se encuentra, con algunos variantes, en los de Teruel, Albarracín, Zorita, etc., y en el de Cuenca, fuente de todos estos.

(2) *Ibidem*, págs. 60-62.

dos contra cristianos, lo cual todo face en menosprecio de los dichos ordenamientos e en escándalo de la fé cristiana» (1).

Las construcciones góticas del castillo de Brihuega y su decoración hispano-musulmana.—La sociedad medieval de Brihuega era como una reducida síntesis de la toledana. Y en sus monumentos, en escala mucho más modesta, se da también el original dualismo de los de la ciudad Imperial.

La residencia arzobispal de Brihuega fué el Castillo, llamado de Peña Bermeja por el color de la gran roca tajada que le sirve de asiento. En posición dominante sobre el hondo y estrecho valle del Tajuña, gózase desde su solar de un dilatado panorama, en el que contrastan las altas mesetas, hoy desnudas, con el verdor del cauce del río y de las inmediaciones de la villa, lugares en los que el agua abundante ha permitido la formación de huertas y de gratas arboledas, recuerdo estas últimas de aquellos bosques frondosos que, según el Toledano, atrajeron a Alfonso VI hace algo más de ocho siglos, cuando era huésped de al-Ma'mūn.

Las menguadas ruinas del castillo, albergue desde hace años del cementerio, muestran aún restos de una construcción gótica, levantada en el segundo cuarto del siglo XIII, pequeña y sencilla, pero de fina talla y buena molduración, obra probable de un maestro formado en el arte gótico traspirenaico. Próximas a esta obra, tanto por su situación geográfica como por su estilo y cronología, son las partes más elevadas de la catedral de Sigüenza, y las salas capitulares de los monasterios cistercienses de Monsalud de Córcoles y de Ovila. El espléndido refectorio del de Santa María de Huerta, terminado hacia 1225, podría citarse también al lado de esas construcciones.

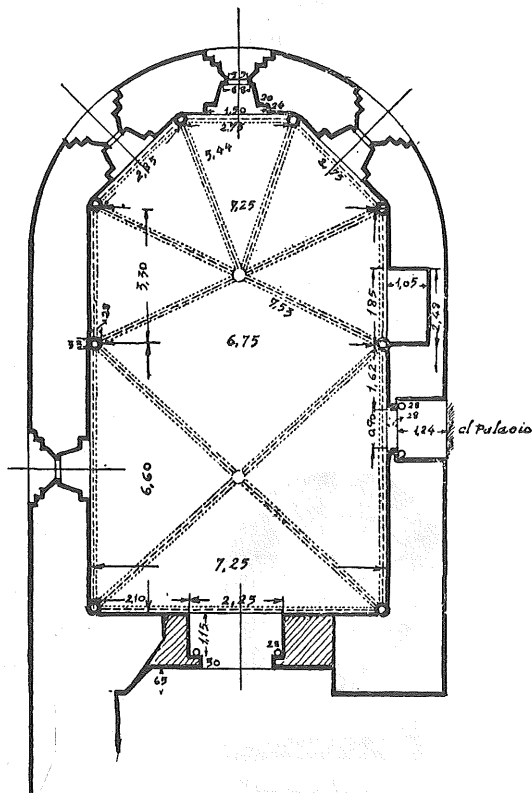
Aunque no consta documentalmente, fué sin duda Jiménez de Rada el que levantó el castillo de su villa alcarreña, con el deseo tal vez de vivir, en las temporadas pasadas en ella, en una residencia a la moda francesa, como las que había visto y habitado en sus estancias en el vecino país. Y es verosímil que para su construcción utili-

(1) Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, págs. 63-66. He modernizado la ortografía y puntuación del párrafo transcrito.

zase a alguno de los maestros y obreros franceses que vendrían a edificar la sede primada, algo antes de que en 1226 se pusiera su primera piedra por Fernando III y el arzobispo don Rodrigo.

Se conservan en las ruinas de la fortaleza de Brihuega restos de locales cubiertos con bóvedas de ojivas, muy alterados por su actual destino de capillas sepulcrales, y la pequeña iglesia del castillo.

Forman el reducido templo una nave casi cuadrada, de 6,75 metros de anchura y 6,60 de longitud, y un abside que la prolonga hacia Oriente, de planta poligonal y cinco lados, de los cuales los dos primeros son continuación de los de la nave. Cúbrese ésta con bóveda de ojivas y el abside con otra de seis nervios que, desde la clave, van a los ángulos, apeados, lo mismo éstos que las ojivas, en columnas con capiteles de *crochets*, cimacios poligonales y anillos en algunos fustes. El plemento de la bóveda de ojivas, inmediato al abside, prosigue para formar el contiguo de la cubierta de aquél, sin solución de continuidad. Las bóvedas tienen arcos formeros y los cimacios prolongan sus molduras en impostas que corren por todos los muros. Pequeñas claves señalan los encuentros de ojivas y nervios. La sección de unas y otros es idéntica, sensiblemente triangular, formada por dos



Brihuega. — Planta de la capilla del castillo.

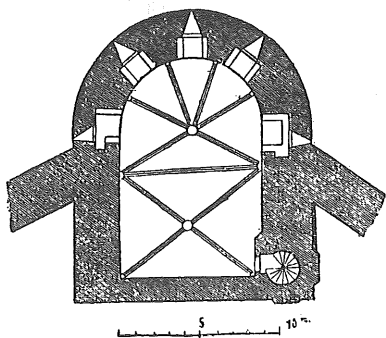
que para formar el contiguo de la cubierta de aquél, sin solución de continuidad. Las bóvedas tienen arcos formeros y los cimacios prolongan sus molduras en impostas que corren por todos los muros. Pequeñas claves señalan los encuentros de ojivas y nervios. La sección de unas y otros es idéntica, sensiblemente triangular, formada por dos

escocias y un baquetón central, perfil que comenzó a usarse en España del segundo al tercer decenio del siglo XIII.

La puerta de acceso se abre hoy a una nave arruinada, continuación de la de la capilla, en el muro occidental de ésta, nave que estuvo cubierta con una armadura de madera apeada en arcos transversales. Dicha puerta es de arcos lisos, con moldura de imposta en su intrados, y debió de hacerse con posterioridad al muro, interrumpiendo una ventana inmediata. Otra puerta, tapiada, hay en la capilla, en el lado de la Epístola, de comunicación antes con varios locales cubiertos con bóvedas de ojivas, a los que se aludió más arriba; varias dovelas de un arco, con arquivolta en zig-zás, se ven por allí tiradas.

La iluminación del interior se logra por medio de cuatro ventanas, una en el muro septentrional y las restantes en los paños centrales del abside. Su trazado es de medio punto, de jambas lisas y con ligero derrame hacia adentro.

Albégase el abside en un torreón saliente, semicilíndrico, cuya lisura rompen los huecos de las tres ventanas abocinadas, formadas exteriormente por arcos escalonados. Muros y torreón son de mampostería y de sillares las jambas y arcos de puertas y ventanas y las columnas y nervios. Las bóvedas, con plementería a la francesa, están bien aparejadas. Bajo la nave de la capilla hay una estancia cubierta con bóveda de cañón agudo, cuya porción más occidental está convertida en santuario, bajo la advocación de Nuestra Señora del Castillo.



Carcasona.—Torre principal del recinto, llamada del Trésán.

recinto de Carcasona llamada del Trésan (1).

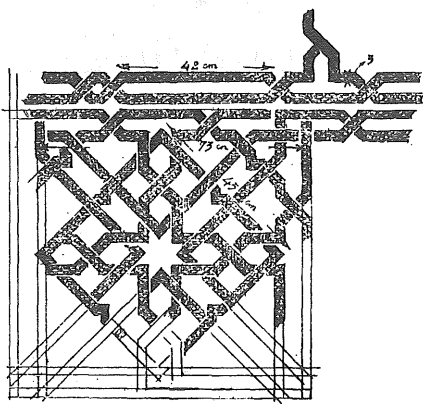
Del destino del local descrito no permite dudar su disposición y

(1) *Dictionnaire raisonné de l'Architecture Française du XI^e au XIV^e siècle*, par M. Viollet-le-Duc. (Paris, 1875). T. IV, págs. 272-273.

orientación, pero, además, le confirma una carta de obediencia de don Pedro, obispo electo de Sigüenza, al arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, fechada en 11 de noviembre de 1341, y suscrita «apud Briocham Toletane Diocesis super altare quod est in capella palatii Archiepiscopalis» (1).

En el zócalo de esta capilla quedan restos de una decoración pintada mudéjar, a base de lazos de cintas rojas que se entrecruzan y dibujan polígonos estrellados.

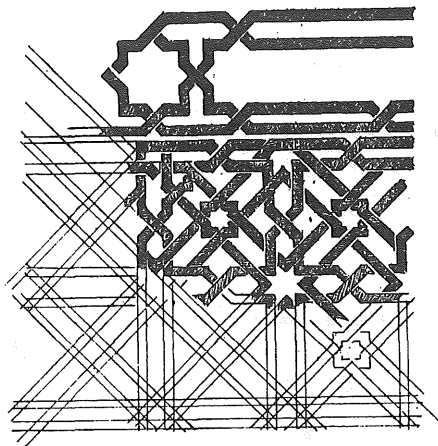
Hace poco más de setenta años, cuando aún se conservaban en pie todos los muros principales de la fortaleza, veíanse muchos fragmentos de tales zócalos, indicadores de que la mayor parte de las habitaciones habían estado pintadas. Hoy no queda de ellos, aparte de los de la capilla, más que un resto insignificante, al exterior y bajo el torreón que alberga su abside, lugar donde antes hubo habitaciones; en 1868 se describe allí, en el ángulo de la izquierda del cementerio bajo, un zócalo «de más tres varas de longitud total, adornado de curiosas pinturas. Estaban éstas divididas en cuatro compartimentos, ocupado el primero por dos figuras humanas, al parecer músicos; el segundo con una linda tracería arabsca; el tercero presenta una cigüeña con un pez en el pico, y el último es igual al segundo. El color empleado para el fondo es rojo; las figuras son blancas, y el todo está



Brihuega.—Zócalo pintado en la capilla del castillo.
(Dibujo de L. Cabrera.)

(1) Biblioteca Nacional, Sala de Manuscritos, DD, 42, según cita de Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, pág. 42. Cock, en su *Relación del viaje de Felipe II en 1585 a Zaragoza*, dice que el castillo de Brihuega «empezaba a caer de muy antiguo, mostrándose en él un oratorio en una capilla redonda, donde su real asiento (el de Alfonso VI) está labrado en la misma pared, de mucha antigüedad y simpleza destos tiempos; que en el mismo palacio había una sala y una huerta sin cultivar que se solía llamar el Paraíso». En 1812, después de la ocupación francesa, según tradición, un sargento de artillería prendió fuego al castillo, causando su casi total ruina.

recuadrado por dos cenefas de adornos imitando toscamente una serie de S S. La pintura está dada al temple y sobre una capa de bastante



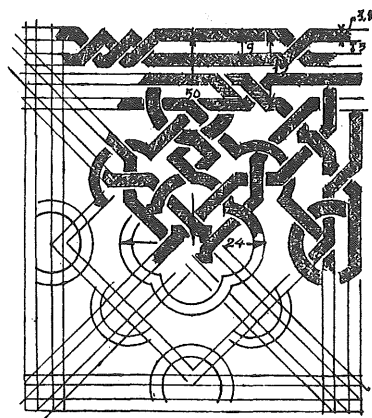
Brihuega.—Zócalo pintado en la capilla del castillo.
(Dibujo de L. Cabrera.)

buen estuco, separada del muro por otra de cal». Se veían entonces tracerías pintadas en los zócalos de muchas habitaciones y «adornos remedando piñas, rosetoncillos y cenefas de diferentes colores». La estancia sobre la capilla, en el último piso del torreón, de la cual apenas si hoy quedan restos «también estuvo pintada y aún conserva en medio un grifo» (1).

De todos esos zócalos los únicos que permanecen en mediano estado, merced a la

bóveda que los protege y a haberse recubierto por un blanqueo de cal, son los de la capilla. En los distintos compartimentos en los que están divididos aparecen dibujados, con cintas de color ocre rojizo, entrelazos de líneas rectas y curvas, formando polígonos estrellados. También se distingue entre los compartimentos algún resto de decoración vegetal, de arte de Occidente. La totalidad de los muros interiores de esta capilla debía de estar cubierta de decoración pintada.

Tales zócalos no constituyen obra excepcional en nuestro arte,



Brihuega.—Zócalo pintado en la capilla del castillo. (Dibujo de L. Cabrera.)

(1) *Pinturas murales recientemente descubiertas*, por Juan Catalina García. (*El Arte en España*, T. VIII, Madrid, 1868), págs. 48-49; *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Juan Catalina García* (Madrid, 1894), pág. 98.

aunque pudiera parecerlo por la escasa divulgación de los ejemplares subsistentes, no estudiados aún en serie. Quedan restos de otros semejantes en el muro de la qibla de la Mezquita de Córdoba, en Madīnat al-Zahrā' y en Medina Elvira, con dibujos florales y geométricos, obras las tres del siglo x. Más tarde aparecen los zócalos pintados de entrelazos dibujando polígonos estrellados, tema decorativo importado de Oriente. Los más antiguos que conozco de este tipo se encontraron en las ruinas de El Castillejo, al pie de Monteagudo, en la vega de Murcia, edificio atribuido al tercer cuarto del siglo xii (1). De época cercana a ésta deben de ser los aparecidos recientemente en las ruinas de unas casas, al pie de la Torre del Homenaje de la Alcazaba de Málaga.

En el siglo xiii hay zócalos de tipo semejante en territorio musulmán—Córdoba, Granada—y en el cristiano—Toledo, Segovia, Brihuega—. Estos del castillo de la villa alcarreña se asemejan a los toledanos del Cristo de la Luz y del Palacio de Galiana y a los de la llamada Torre de Hércules en Segovia, casa fuerte que fué de los Arias Dávila, atribuidos todos a esa época (2).

De las cuatro parroquias medievales de Brihuega, la de San Juan es la más modesta y arcaica. Del viejo edificio tan sólo se conserva su nave única, cubierta con bóveda de medio cañón agudo sobre arcos fajones apeados en pilastras lisas; su construcción puede ser anterior al nombramiento de don Rodrigo para regir la diócesis toledana. Las iglesias de San Felipe y San Miguel—disfrazada la última interiormente según la moda de los siglos xvii y xviii—revelan, en los capiteles de *crochets* y las arquivoltas de sus portadas, y en las traceñas de sus rosas y ventanales, época más avanzada. Debieron de construirse con posterioridad a la capilla del castillo y bajo la influencia de las formas de ésta. Sus cornisas de modillones de rollos lisos y sus decoraciones de puntas de diamante indican la influencia del monas-

(1) Monteagudo y «El Castillejo», en la vega de Murcia, por T. B., apud. *Crónica arqueológica de la España musulmana*, I (AL-ANDALUS, II, 1934, págs. 366-372 y lámina 17).

(2) Manuel Gómez Moreno, *Arte mudéjar toledano*. (Madrid, 1916), pág. 9; Marqués de Lozoya, *La Casa Segoviana (Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, XXIX, Madrid, 1921)*. La capilla del castillo de Brihuega no ha merecido aún ser clasificada por el Estado como monumento histórico-artístico.

terio de Huerta y de la arquitectura cisterciense. El exterior del abside poligonal de San Miguel, obra mudéjar de mampostería y ladrillo, ha de referirse a obras semejantes toledanas, lo mismo que la pequeña iglesia de San Simón, hoy desaparecida, que tuvo idéntica fábrica, abside semicircular y puertas y ventanas de ladrillo con arco de herradura aguda; tanto el abside como la nave se cubrían con bóvedas de gruesos nervios de ladrillo (1).

La otra iglesia parroquial, la de Santa María del Castillo, situada junto a la fortaleza, es la más importante y de época más avanzada. A diferencia de las de San Miguel y San Felipe, cubren sus tres naves bóvedas de ojivas. Los pilares que las separan son de núcleo cilíndrico, con ocho columnillas adosadas, siguiendo la disposición iniciada en la catedral de Cuenca y desarrollada después en las de Burgos y Toledo. Estos tres templos debieron comenzar a construirse en los últimos años de la vida de don Rodrigo.

Las edificaciones de don Rodrigo Jiménez de Rada.—Don Rodrigo Jiménez de Rada, consejero de Alfonso VIII y de Fernando III, compañero de ambos en sus campañas contra los moros, canciller del Reino y primado de las Españas, fué una personalidad señera de nuestra Edad media. Su vida, que abarca los últimos años del siglo XII y la primera mitad del XIII, gira, como la española contemporánea, en las órbitas de dos culturas de características muy diferentes: la occidental y transpirenaica, importada por los elementos dirigentes y los extranjeros que vienen a la Península, y la hispano-musulmana, patrimonio, en gran parte, del núcleo social de las ciudades reconquistadas.

Entre los escasos datos biográficos que conocemos del arzobispo toledano pueden referirse a sus actividades extrahispánicas: las estancias en Bolonia y París—en esta ciudad se halla en 1201—, seguramente con motivo de estudios; su protección a la orden francesa del Cister; la fundación, probablemente por su consejo, de la Universidad de Palencia, a la que acudieron maestros franceses e italianos (2); sus

(1) Catalina García, *El Fuero de Brihuega*, pág. 67, n. 1.

(2) Mariana, *Historia...*, lib. XI, cap. XXII; *Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia* en la recepción pública del Excmo. Sr. D. Enrique de Aguilera y Gamboa, Marqués de Cerralbo (Madrid, 1908), págs. 47-48.

viajes a Roma en 1209, 1215, 1216, 1217 y 1236, en donde era distinguido y escuchado por los pontífices; su muerte, finalmente, en 1247, sobre las aguas del Ródano, cuando regresaba de Lyon de visitar al Papa.

Si viajes y estudios pusieron a don Rodrigo, desde la juventud, en frecuente contacto con medios extranjeros, una porción considerable de su vida transcurrió, sobre todo desde que en 1209 fué elevado a la Primacía de Toledo, en un ambiente social del que formaban parte importantísima moros y hebreos, cuyas creencias religiosas combatió, pero a cuya cultura no fué hostil. Con judíos y musulmanes hubo de convivir en Toledo, en Brihuega y en otras muchas villas españolas. De conformidad con Fernando III se dirige al Pontífice para exponerle los graves trastornos que causaría la aplicación de los acuerdos del IV Concilio de Letrán, celebrado en noviembre de 1215. Se obligaba por ellos a los hebreos a usar un distintivo en sus trajes, a habitar en barrios separados de los cristianos, y a pagar diezmos y demás cargas eclesiásticas por las heredades que de éstos pudiesen adquirir, prohibiéndoles ejercer cargos públicos. Jiménez de Rada logró la suspensión temporal de esos acuerdos, que interpretó originalmente en un convenio del año 1219, con los judíos de su diócesis, ratificado y confirmado por Fernando III, según el cual el Arzobispo promete defenderlos y ayudarlos en lo que fuese posible «secundum Deum et honestatem suam» (1). Condenó la imposición de la fe por

(1) Arch. Cat. Tol. I, 7-1-1. (*El Fundador de la Catedral de Toledo*, por Eduardo Estella Zalaya), págs. 96-97. La suspensión temporal en Castilla de los acuerdos de Letrán referentes a los hebreos, fechada en 1219, se fundamentaba en la «oposición de los judíos a dicha orden, pues la resistían hasta preferir pasarse a tierra de moros o urdir conjuraciones contra el poder real, turbando la paz pública». Debía aguardarse a coyuntura en que fuera posible exigir el cumplimiento de dicha orden sin perjuicio de la tranquilidad pública. (*Don Mauricio, Obispo de Burgos y fundador de su Catedral*, por don Luciano Serrano, O. S. B. (Madrid, 1922); pág. 36 n. (2) y 53). En una bula de Inocencio III, dirigida a Alfonso VIII en 1205, le dice que por su conducta parece amar más a la mezquita y a la sinagoga que a la iglesia. Por otra bula de 1220 el Papa dió orden al obispo de Burgos don Mauricio de intimar al Rey—Fernando III—, «en nombre de la Santa Sede, se abstuviera de elegir a personajes judíos para embajadores suyos cerca de los príncipes moros, haciendo constar faltaban a la fidelidad debida a sus soberanos en el desempeño de su cargo, e infligían perjuicios graves al nombre cristiano traicionando sus derechos y la buena marcha de la reconquista territorial». El Papa escribió en igual sentido al Rey de Castilla en persona, al obispo de Palencia, a nuestro don Rodrigo y a los monarcas de León, Navarra y Aragón. Algunos años después, en 1233, protestaba Gregorio IX en una circular a los prelados castellanos, «de la insolencia con que los judíos vivían entre los cristianos, así como de las deshonras

la violencia, conforme a la doctrina de San Isidoro y de los Concilios de Toledo, afirmando que el imponerla en esa forma no es «secundum scientiam». En su tiempo continúan las traducciones de obras arábigas, iniciadas por el arzobispo don Raimundo, y él mismo estudia las crónicas musulmanas para escribir la *Historia arabum*. En las páginas *De rebus Hispanie* se declara partidario del abolido rito nacional, diciendo que fué suprimido tiránicamente, entre lágrimas y dolor de todos, y recoge el proverbio a que dió origen ese hecho — «Quo volunt Reges vadunt leges» — tan vulgarizado en su forma romance.

En su tierra natal de Navarra, en Castilla y en Aragón, Jiménez de Rada vería iglesias románicas robustas y macizas, de sombríos interiores, como las catedrales de Pamplona y Burgos (1). Otros templos de esas mismas comarcas, también conocidos por don Rodrigo, en plena actividad constructiva en los comienzos del siglo XIII, como los de los monasterios de Santa María de Huerta y de Fitero y la catedral de Sigüenza, a pesar de la gran novedad, para nuestro país, de las bóvedas de ojivas que se volteaban por entonces sobre sus naves, tenían aún masa, forma y proporciones románicas, y muy escasa decoración, exclusivamente vegetal y geométrica.

Durante más de veinte años don Rodrigo hubo de presidir y celebrar las ceremonias del culto en la mezquita mayor de To-

por ellos inferidas a la causa de la fe; hacíase también saber que, no obstante la prohibición promulgada en el Concilio IV de Letrán, conferíanse a los susodichos ciertos cargos públicos, de los cuales abusaban para imponer a los cristianos resoluciones y prácticas contrarias a la religión; que en atención a estos inconvenientes escribía al Rey llevarse a cabo la más completa separación de viviendas entre judíos y cristianos, facultando a los prelados para fulminar censuras eclesiásticas contra los fieles que sostuvieren cualesquier relaciones con los hebreos. (*Don Mauricio*, por don Luciano Serrano, págs. 53, 77 y 85). Siendo don Rodrigo arzobispo de Toledo, en el año 1246, parece que actuó alguna vez como administrador de las casas del Cabildo toledano el judío Abul hasán Benjamín ben Abuishac el Barcelonés. (*Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, por González Palencia, Volumen preliminar (Madrid, 1930), pág. 174). La realidad de la vida española se imponía sobre los mandatos de Roma.

(1) La catedral de Pamplona se comenzó en 1100 y fué consagrada en 1127; la de Burgos se levantó de 1075 a 1096 para que fuese matriz de la diócesis de toda Castilla. En esta última se celebró, en 1220, el matrimonio de Fernando III con Beatriz de Suabia, acto al que asistió don Rodrigo. Ambos templos han desaparecido, sustituidos por los góticos que hoy admiramos.

ledo. En 1213 purificó la de Alcaraz, cuya donación obtuvo posteriormente; en 1216 la conquista de Capilla le permitió consagrar al culto cristiano el templo islámico de esta villa. Y si en 1236 no purificó el santuario más ilustre y monumental de la España musulmana—la gran mezquita de Córdoba—fué, según refiere en su *De rebus Hispaniæ*, por hallarse en Roma cuando Fernando III se adueñó de la antigua capital del Califato.

Otras muchas mezquitas vería don Rodrigo convertidas en templos cristianos en las ciudades conquistadas por Alfonso VIII y Fernando III y en las que él mismo conquistó. Todos serían edificios bajos, oscuros y frágiles, con múltiples naves comunicadas por arcos apeados en columnas o pilares muy cercanos, cubiertos con armaduras de madera y decorados tan sólo con yeserías de poco relieve, en las que no aparecía ninguna representación humana.

Gran parte de las iglesias que por entonces se levantaban en Toledo y en su diócesis asemejábanse más a los santuarios islámicos que a los templos de piedra del arte occidental. En el año 1221, según los «Anales Toledanos II», consagró nuestro Arzobispo San Román, en el lugar más elevado de Toledo, iglesia que debía ser, después de la Catedral, uno de los más insignes templos de la ciudad (1). El edificio llegado a nuestros días, que una hábil restauración permite hoy gozar plenamente, es sin duda el construido por entonces. Sus muros son de ladrillo y mampostería; las arquerías que comunican sus tres naves dibujan arcos de herradura apeados en columnas con capiteles aprovechados de construcciones anteriores; hay, además, otros agudos y de lóbulos. Sobre cada uno de aquellos grandes arcos ábrense tres pequeños de medio punto. El interior de la iglesia estuvo totalmente recubierto de pinturas, en las que se combinan ornamentación de progenie hispano-musulmana con representaciones de arte occidental, e inscripciones latinas religiosas, de letra francesa, con las de letra cursiva musulmana que repiten las palabras «La felicidad y la prosperidad».

Más grande y suntuosa que la iglesia de San Román, la sinagoga toledana que hoy conocemos por Santa María la Blanca hubo de le-

(1) «Sagró el Arzobispo D. Rodrigo la Iglesia de Sant Roman en Toledo, en XX dias de junio dia de Domingo, Era mcccix». (*España Sagrada*, T. XIII, p. 406).

vantarse, o concluirse al menos, bajo la primacía de don Rodrigo, antes, probablemente, de que en 1215 el Concilio de Letrán restringiese las libertades de los hebreos. Los muros de subdivisión de sus cinco naves, los arcos de herradura que las comunican y la faja alta de arquitos sobre ellos, recuerdan las disposiciones de San Román, heredadas tal vez, tanto en el templo cristiano como en el judaico, del islámico transformado en sede catedral.

Bajo los techos de la antigua mezquita mayor de Toledo o bajo las bóvedas sombrías de la catedral románica de Burgos, lo mismo que al visitar las obras de los monasterios de Huerta y Fitero, por él, en parte, costeadas, el arzobispo Toledano debió evocar no pocas veces aquellas grandes catedrales y abadías conocidas con motivo de su estancia en París en 1201 (1).

Vistas en años juveniles y embellecidas por la perspectiva del lejano recuerdo, evocaría don Rodrigo las formas sutiles, maravillosamente trabajadas en piedra, con arreglo a un arte nuevo, de los templos que se labraban en el Norte de Francia en el tránsito de los dos siglos. Eran santuarios esbeltos y luminosos, enriquecidas sus puertas y fachadas con un mundo maravilloso de seres de piedra, de personajes celestiales que, con su sonrisa, parecían anunciar los goces espirituales del Paraíso, y también de horribles demonios cuyo recuerdo fuese capaz de despertar la conciencia de los malvados. No pocas veces recordaría el Prelado Toledano la impresión que debió de producirle el interior de esas iglesias, en las que la luz se filtraba a través de las vidrieras de colores para descomponerse en variadísimos y fantásticos tonos, semejando arder sus sillares con los últimos rayos del sol poniente.

En 1201 pudo ver don Rodrigo la catedral de Nuestra Señora de París casi totalmente terminada; la fachada, con las dos torres, a la que se dió comienzo hacia 1195 y terminó unos 30 años más tarde, estaba entonces con andamios. Junto a París tal vez admirara también la iglesia del monasterio de Saint-Denis, panteón de los reyes de Fran-

(1) No hay datos documentales de estancia posterior de don Rodrigo en el centro o Norte de Francia, aunque es muy posible que a fines de 1211 fuese a su corte con una misión diplomática de Alfonso VIII. (Estella, *El Fundador de la Catedral de Toledo*, pág. 14).

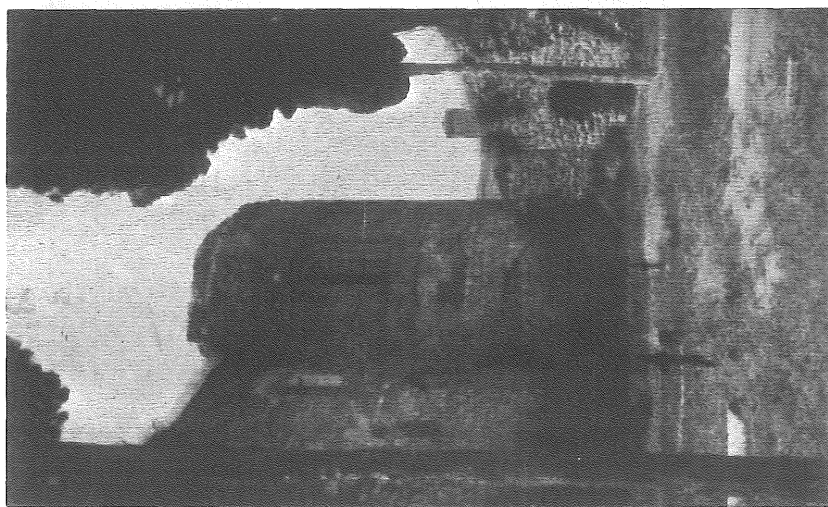


Fig. 1.—*Briluega*. Castillo. Exterior del torreón de la capilla.

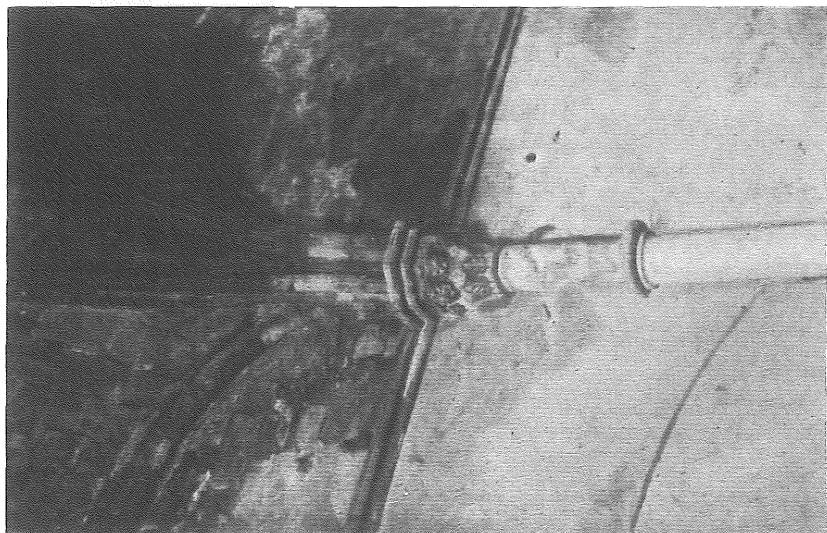


Fig. 2.—*Briluega*. Castillo. Detalle del interior de la capilla.



Fig. 3.—*Brilhuega*. Castillo. Zócalo pintado en el interior de la capilla.

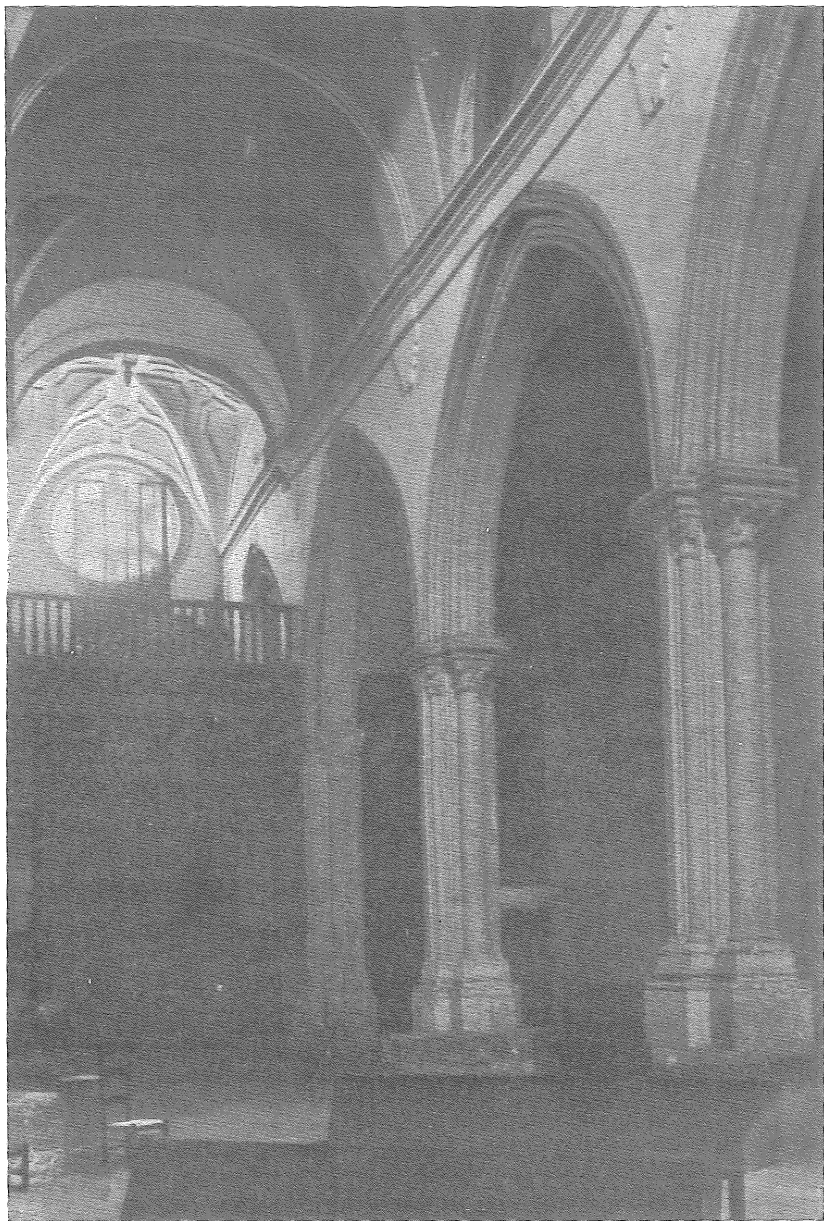


Fig. 4.—*Brihuega*. San Felipe. Interior.

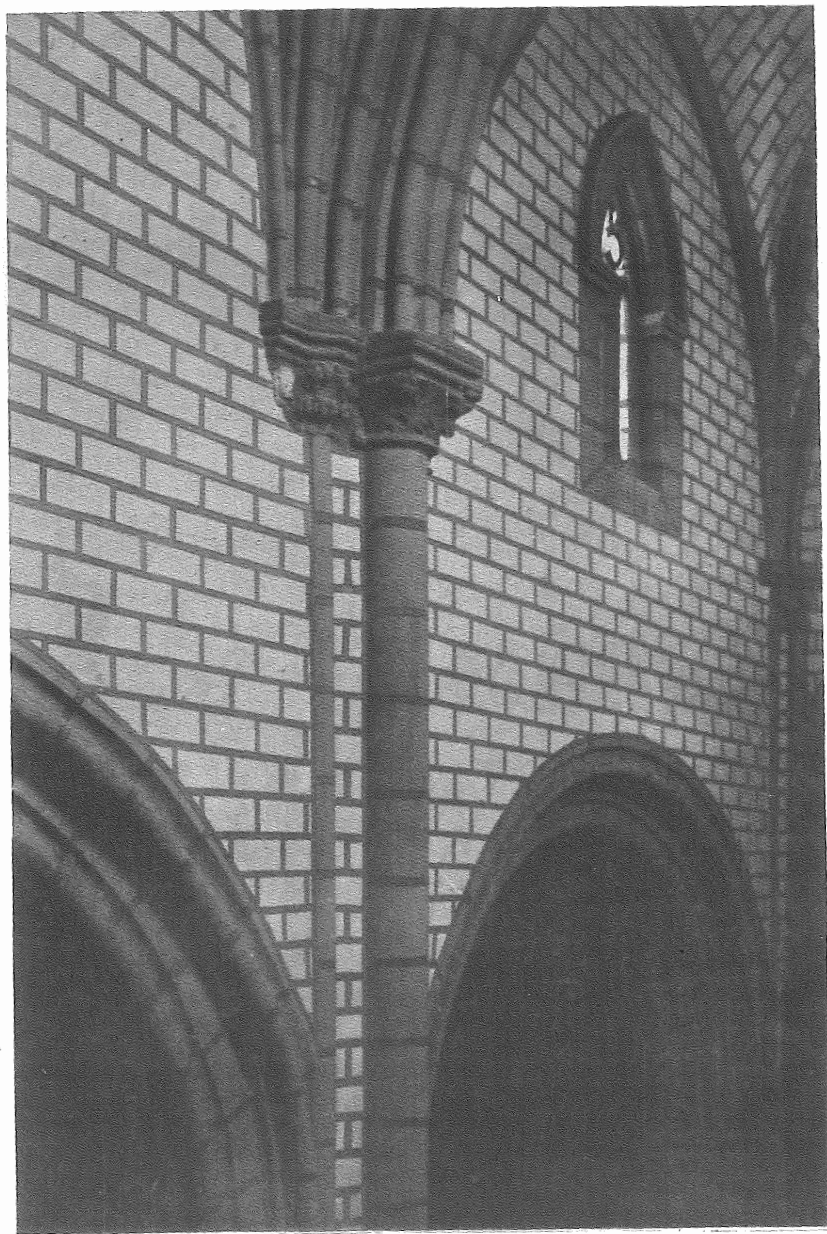


Fig. 5.—*Brihuega*, Santa María del Castillo. Interior.

cia, levantada por el gran Suger medio siglo antes, inaugurando nuevas formas artísticas. No muy lejos de la capital, en Chartres, la catedral, destruída casi totalmente por un incendio en 1194, comenzaba en los primeros años del siglo XIII a resurgir rápidamente de sus ruinas calcinadas.

En 1226 Jiménez de Rada, con asistencia de Fernando III, pone la primera piedra de la catedral toledana, cuyas obras habían comenzado algunos años antes (1). Para dirigirlas, don Rodrigo traería a un maestro francés o educado en Francia—seguramente el Martín citado en documentos de 1227 y 1234—capaz de elevar un gran templo conforme a las nuevas formas que triunfaban en el vecino país. Y así comenzó a surgir en la ciudad de Toledo una gran iglesia ojival de piedra, completamente exótica en aquel lugar, que rompe con la arquitectura de ladrillo de los restantes templos toledanos de las tres religiones, obras de un arte popular en el que perduraron las tradiciones hispano-musulmanas.

La otra obra de filiación francesa, que debe de responder a la voluntad de don Rodrigo, es la capilla de su castillo de Brihuega, de la que se ha hecho amplia mención en las páginas anteriores.

Desconocemos, por no haber llegado a nuestros días, cómo serían

(1) Esa es la fecha que dan los «Anales Toledanos, III»; don Rodrigo en su *De rebus Hispanie*, da cuenta de la ceremonia después de referir la conquista del castillo de Capilla, que tuvo lugar en el verano de 1226. La *Crónica latina de los reyes de Castilla* (edic. G. Cirot [Burdeos, 1913], págs. 117-117), dice que el Rey, dejando abastecida y guarnecida la plaza de Capilla, regresó a Toledo hacia la fiesta de la Asunción de la Virgen—15 de agosto—. La fecha del 14 de agosto que supone para la colocación de la primera piedra don Pedro de Salazar y Mendoza, en el prólogo de su *Crónica de el gran Cardenal de España Don Pedro González de Mendoza* [Toledo, 1625, pág. 15], es, pues, verosímil. Estella y Zolaya, en la obra citada—págs. 143-144—, fundándose en una «Crónica de los Reyes de España» que figura en el mismo manuscrito misceláneo que los «Anales Toledanos III», cuyo título al dorso es *Daretis Frigii Historia Troyana*—perteneció a la Biblioteca del Cabildo de Toledo y hoy se guarda en la Nacional de Madrid—, afirma que fué en el mes de noviembre.

Esa primera piedra «oficial» se colocó cuando se trabajaba hacia algunos años en la obra. Por una Bula, papal, de 5 de enero de 1222, se autorizaba al Arzobispo de Toledo a dedicar a la obra de la Catedral la tercera parte de las rentas de fábrica de todas las iglesias de su diócesis durante cinco años; el 3 de julio de 1225, por una nueva Bula, se renovaba la concesión de esa tercia; se dice en ella que el Arzobispo había empezado a erigir la iglesia nueva de Toledo desde los cimientos. Véanse *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, por Javier Gorosterratzu (Pamplona, 1925), págs. 262-265 y 437; *El Fundador de la Catedral de Toledo*, por Estella Zelaya, págs. 139-155, y Elic Lambert. *L'Art gothique en Espagne aux XII^e et XIII^e siècles* (Paris, 1931), págs. 203-204 y 295.

los palacios del Arzobispo en su ciudad primada y en Archilla, Alcalá y Santorcaz, lugares donde hubo de tener residencias. Respecto a los de Toledo, tan sólo consta, por un decreto de don Rodrigo de 10 de julio de 1238 fundando catorce capellanías en los altares de otras tantas capillas de la girola, construídas ya sin duda por entonces, que por su iniciativa y su mandato se había edificado en esos palacios una nueva capilla (1).

Hay noticia de la intervención de don Rodrigo en dos obras cistercienses, monasterios ambos de la orden fundada por San Bernardo hacia la cual aquél y sus familiares demostraron gran predilección. En el de Huerta, regido por su tío carnal don Martín de Finojosa durante más de treinta años (1166 a 1186 y 1191 a 1213), al cual donó su librería en 1235 y bajo cuyas bóvedas dispuso ser enterrado cuando en 1201 estaba en París, construyó a sus expensas, a partir de 1223, un dormitorio monástico (2). Situado sobre las construcciones orientales del claustro, parece, por los escasos restos que de él quedan, que repetía la disposición general de los dormitorios cistercienses del siglo XIII: grandes arcos agudos de piedra, sosteniendo una techumbre de madera a dos aguas, y estrechas ventanas derramadas hacia el interior. Tal vez en su cubierta de madera hubiera modillones de lóbulos de progeñe hispano-musulmana, como los que se ven en el entramado horizontal que cubre una estancia baja del mismo monasterio, cuyo refectorio, edificado hacia 1225 a expensas de un pariente de don Rodrigo, es «una de las obras más puras y elegantes de la arquitectura gótica fuera de Francia» (3).

La otra obra cisterciense, construída en gran parte a costa de Ji-

(1) *Arch. Cat. Tol. E.*, 1-1-1; «... in capella nostra quam in palatiis nostris noviter duximus construendam». (Lambert, *L'art gothique en Espagne*, pág. 296; Estella, *El Fundador de la Catedral de Toledo*, pág. 83). Los restos más antiguos conservados en el palacio actual, desfigurados en fecha reciente por una radical restauración, pertenecen a la época del arzobispo don Gonzalo Díaz Palomeque (1299-1310). La «Casa del Arzobispo» se cita en documentos mozárabes toledanos de 1223 y 1259; estaba situada en el barrio de Omnium Sanctorum, en una calle próxima y que iba hacia la Catedral. (Ángel González Palencia, *Los mozárabes de Toledo en los siglos XII y XIII*, volumen preliminar, págs. 58-59; volumen II (Madrid, 1926), pág. 73, y volumen III (Madrid, 1928), págs. 97, 100-101.

(2) Cerralbo, *Discursos...* págs. 260-288; Lambert, *L'Art gothique en Espagne*, págs. 175-176.

(3) Lambert, *L'Art gothique en Espagne*, pág. 179.

ménez de Rada, es de mayor importancia. Se trata de la iglesia del monasterio de Fitero, casa religiosa unida también para él a recuerdos familiares, pues su abuelo don Pedro Tizón de Cadreita había donado el solar sobre el que se erigió. Aparte de otras ocasiones, don Rodrigo debió visitar este monasterio al acudir al Concilio general celebrado en Tarragona en 1229. La donación que estando en Burgos le había hecho quince años antes de una heredad procedente de su abuelo don Pedro Tizón y de otra propia (1), sería para la construcción de la iglesia, pues una Bula de Inocencio IV, fechada en Lyon el 13 de mayo de 1247, un mes antes, aproximadamente, de la data probable de la muerte del Arzobispo, concede indulgencias a los fieles visitantes de la iglesia del monasterio de Fitero, «en consideración al Venerable hermano nuestro, Arzobispo de Toledo, que a sus expensas la construyó» (2). Según una vieja tradición de los monjes de Fitero, después de los fundadores—Alfonso VII y su hijo Sancho—, el principal bienhechor de la casa monástica fué don Rodrigo y un sepulcro de piedra que se veía en el prebisterio, en el lado del Evangelio, con estatua yacente, afirmaban que estuvo destinado a sus restos mortales y aún parece que algún tiempo ostentó su nombre (3).

En la primera mitad del siglo XIII actúan dos fuertes influencias sobre la arquitectura española. Una de ellas, exótica, de formas sabias y lujosas, puesto que levanta sus obras en piedra, material que falta en muchas de nuestras comarcas, es la ya plenamente gótica del Norte de Francia. Su introducción en las tierras altas y reseca de las mesetas castellanas fué obra de prelados, como don Mauricio de Burgos y don Rodrigo de Toledo, que durante sus estancias fuera de España habían podido admirar las formas del nuevo arte.

(1) Cerralbo, *Discursos...* págs. 30-31.

(2) «Venerab. Fratris nostri Archipi. Tolet., qui propriis sumptibus eam construxisse dicitur, congruius honoribus frequentur...» Esta Bula, que se conservaba a comienzos del siglo XVIII en el archivo de Fitero, ha sido publicada por Gorosterratzu, *op. cit.*, pág. 469, quien la tomó del P. Aleson, continuador de los *Anales de Navarra*, lib. 21, c. 2, escolios y adiciones, N. 38. El 13 de mayo, fecha de la Bula, debía estar don Rodrigo en Lyon; su muerte ocurrió entre el 7 de junio y el 17 de julio de ese mismo año: los «Anales Toledanos II» y su epitafio fijan la del 10 de junio (Estella, *El Fundador de la Catedral de Toledo*, pág. 184).

(3) Yepes, *Coronica de la Orden de San Benito*, VII, fol. 308.

A la implantación de la moda gótica debieron contribuir también las princesas extranjeras que por aquellos años se sentaron en el trono de Castilla: doña Leonor de Inglaterra y doña Beatriz de Suabia.

Patrocinadas por la Corte y los prelados más ilustres, las formas góticas gozaron de gran predicamento en la primera mitad del siglo XIII, según una moda reflejada luego, cada vez con menor pureza, en las restantes capas sociales.

Frente a esta arquitectura exótica estaba la nacional y popular, filial de la hispano musulmana, cuya influencia era cada día más grande por la reconquista de ciudades ricas y populosas, que ejercían sugestión considerable sobre toda la vida hispánica.

Hemos dicho cómo el arzobispo Toledano contribuyó a la construcción de varios monasterios cistercienses, levantados según formas tradicionales y con arreglo a las disposiciones o costumbres de la Orden, seguidas desde hacía varios años en España. Le hemos evocado asistiendo o celebrando ceremonias religiosas en mezquitas consagradas al culto cristiano y en iglesias recién construídas, cuyas formas estaban inspiradas en las de esos santuarios islámicos. Y, finalmente, vimos como patrocinó la introducción en nuestro país del arte gótico del Norte de Francia.

Los dos edificios en los que puede sospecharse una intervención más directa de Jiménez de Rada —la catedral de Toledo y el castillo de Brihuega— se comenzaron con arreglo a esas formas exóticas del gótico francés. Pero la obra ingente de la iglesia primada recibió, desde pocos años después de su comienzo, en elementos como las arquerías del triforio de la cabecera, formadas por arcos lobulados y que se entrecruzan, el sello de la Toledo hispano-musulmana. Y el castillo de Brihuega fué decorado con zócalos de entrelazos análogos a los de cualquiera construcción musulmana de la Península. Otros muchos ejemplos pudieran citarse de esa interferencia de los dos artes, representantes de orbes históricos tan distintos en un momento de intensa vitalidad española, es decir, de poder asimilador frente al de exclusión que supone toda decadencia. En los mismos días del arzobispo Toledano se levantaban en Burgos para servir de panteón regio las construcciones del monasterio de las Huelgas por artistas seguramente franceses, al lado de unas capillas decoradas pocos años antes por ar-

tífices almohades, y Fernando III completaba las construcciones monásticas, volviendo de nuevo a utilizar gentes del mediodía. Abierta estaba entonces la España cristiana a todas las corrientes de civilización que por el Sur y por el Norte pudieran llegarla; la fuerte personalidad de su genio nacional sería capaz de asimilarlas, adaptándolas a las características espirituales de la raza, para dar lugar a nuevas y originales formas, ya plenamente hispánicas.

Como último símbolo de la fecunda y dilatada vida, reciamente española, del Arzobispo toledano, yacen sus restos mortales en el monasterio de Santa María de Huerta, envueltos en ricas vestiduras arábigas, tejidas en telares de la España musulmana, mientras su cabeza reposó durante siglos, sobre un almohadón de tapicería decorado con flores de lis y blasones heráldicos franceses (1).

(1) Cerralbo, *Discursos...* págs. 148-171. Al trasladar, en 1660, los restos de don Rodrigo al sepulcro actual, después de cerrado éste, se dieron cuenta de que había quedado olvidado el almohadón, que se guardó entonces en la urna de San Martín de Finojosa.

